

Cómo Levantarte Cuando la Vida Te Derriba

Alex Zuñiga

August 2, 2026 | Miqueas 7:8-9

Prepared from the spoken message and lightly edited for readability. Scripture quotations and spoken phrasing are preserved as delivered.

Si ustedes están listos, si tenemos estudiantes en la casa entre middle school y high school, córranlos de aquí, no les pasa nada. Mándenlos con los muchachos, allá los van a discipular. No cuidamos niños, no cuidamos estudiantes; discipulamos niños y discipulamos estudiantes.

Así que, ¿están listos para estudiar la Palabra del Señor?

Señor, gracias por este tiempo una vez más. Queremos poner este tiempo en tus manos, que tú seas glorificado por medio de tu Palabra. Señor, que tú nos hables a través de ella y que no sea yo, sino tú hablando a través de mí. En el nombre de Jesús. Amén.

¿A quién le gusta el box? ¿A quién le gusta el box? Creo que ya cayó mucho el box, ¿no? Porque antes estaba Manny Pacquiao, estaba Chávez, bueno, los mexicanos, ¿no? El Maromero, ¿no? Y ahora como que es mucho show. ¿Se han dado cuenta? No, no compartan la opinión conmigo. Es que antes había peleas buenas y ahorita ya no hay mucho de eso.

Pero fíjate que pasa algo. Es impresionante que no siempre es el knockout lo que te pone más nervioso. Es cuando está peleando uno de los peleadores por el que vas tú, estás emocionado, le dan un derechazo y se cae. Ahí es donde entran los nervios. Todo mundo se pone a pensar, ¿y qué es lo primero que se te viene a la mente? "Ya perdió". ¿O qué más? ¿Alguien más? ¿Qué más? "¡Párate!"

Estás gritándole como si te escuchara a través de la televisión. Bueno, yo nunca he estado en una pelea, pero ahí me pongo a gritar como loco. Y la pregunta es: ¿se va a levantar? Empieza el réferi: uno, dos... ¿A los cuántos se tiene que levantar? A los diez, ¿no? Y hay unos que se esperan hasta el nueve. Y tú nada más: "¡Levántate!"

Ahora, esa es la regla que todo peleador conoce. No pierdes por caerte al piso, ¿verdad? No pierdes porque te caes al piso. Pierdes cuando te quedas en el piso. Cuando se queda el boxeador en el piso y llega el conteo a diez es cuando pierdes. Mientras el peleador se levante antes de que termine, ¿qué pasa? La pelea continúa.

Posiblemente se va a caer un montón de veces. Yo he visto peleas en las que se la pasan tirados en el suelo. Yo pienso que lo hacen a propósito para descansar, no sé.

La historia está llena de campeones que fueron derribados, a veces varias veces en la misma pelea, y aun

así terminaron levantando el cinturón. Nadie recuerda cuántas veces cayeron. Recuerdan que siempre se levantaron.

Es algo que pasa en la vida. ¿Cuántos se han caído aquí en la vida? Muchos nos hemos caído. Posiblemente no te acuerdas de todas las veces que te caíste, pero sí recuerdas las veces que te levantaste, las que marcaron tu vida.

Pero también existe la otra historia: la del peleador que tenía todo para ganar. Tú sabes: "No, hombre, se preparó. Lo vimos en los reportajes, estaba súper preparado". Había pasado años entrenando para ese momento, pero la primera vez que tocó la lona decidió quedarse ahí.

"¡Tú párate! ¡No te hicieron nada! Nada más fue un rocecito", como uno no está en la pelea.

¿Y qué sucede? No porque no pudiera levantarse, sino porque, en su mente, esa caída ya lo había definido.

Aquí quiero hacerte una pregunta: ¿cuál caída te ha costado más? ¿Un combate que perdiste o el propósito que sientes que perdiste?

John Maxwell dice que en la vida los hombres tienen dos fechas importantes: el día en que naciste y el día en que entendiste el propósito para el que naciste. Así lo dice John Maxwell, que habla sobre liderazgo.

Hay personas que nunca perdieron un campeonato, pero perdieron su matrimonio. Nunca perdieron una empresa, pero perdieron a sus hijos. Nunca perdieron una elección, pero perdieron su integridad. Nunca perdieron dinero, pero perdieron su comunión con Dios.

También hay personas que lo perdieron casi todo: un negocio, una posición, una oportunidad, incluso la reputación. Pero nunca perdieron lo más importante. ¿Por qué? Porque jamás dejaron que las derrotas definieran su identidad.

Puedes ver que las personas que son multimillonarias y que han tenido mucho éxito en la vida son personas que se han caído muchas veces, pero se siguieron levantando.

El verdadero peligro no es caer. El verdadero peligro es comenzar a creer que nuestra caída es nuestra identidad. De eso te quiero hablar hoy. ¿Cuántas veces somos definidos por las caídas que hemos tenido? Dejamos que las caídas que atravesamos definan nuestra vida y nuestra manera de vivir.

Eso fue precisamente lo que le sucedió al pueblo de Judá. Habían sido derrotados. La nación estaba bajo el juicio de Dios. La corrupción había llegado a la tierra. La idolatría había destruido su relación con el Señor y los enemigos se burlaban diciendo: "¿Dónde está tu Dios? ¿No que tenías un Dios muy bueno? ¿Dónde está?"

Todo parecía indicar que la historia del pueblo de Dios había terminado. Pero cuando todos veían una derrota definitiva, ¿Dios qué estaba haciendo? Seguía escribiendo la historia.

En medio de esa oscuridad vemos a un profeta, el profeta Miqueas. Yo parezco disco rayado acá, pero si no has leído el libro de Miqueas, léelo. Te invito a que lo leas. Son siete capítulos, súper fáciles de leer, y lo

puedes leer en una tarde, facilito. Es una historia muy interesante y puedes ver cómo llegamos hoy a esto.

Todo parecía indicar que la historia ya había terminado. Miqueas dijo: "Aunque haya caído". Y lo que te quiero decir hoy a ti es que, aunque hayas caído, hay un pero, hay un después. Es ahí donde el Señor quiere hablarte.

Quiero que abras tu Biblia en Miqueas 7. Si tienes tu Biblia, está en el Antiguo Testamento. Es un libro muy chiquito, siete capítulos. Miqueas 7. Si no tienes tu Biblia, te voy a invitar a que lo leas en las pantallas.

Acostúmbrate a tener tu Biblia y acostúmbrate a tomar notas. No le pasa nada a tu Biblia porque le escribiste notas, no le pasa nada. Eso es bueno para cuando la abras: "Ah, mira, predicaron sobre esto". Y así dices: "El pastor ya predicó, qué copión. Se copió otra vez".

Mira lo que dice Miqueas 7, versículos 8 y 9:

"Enemigos míos, no se regodeen de mí".

En otra versión dice:

"No se alegren de mi mal, pues aunque caiga, me levantaré otra vez. Aunque esté en oscuridad, el Señor será mi luz. Seré paciente cuando el Señor me castigue porque he pecado contra él. Pero después él tomará mi caso y me hará justicia por todo lo que he sufrido a manos de mis enemigos. El Señor me llevará a la luz".

¿Y qué dice?

"Y verá su justicia".

Miqueas no dice: "Nunca me caí". ¿Qué es lo que dice? "Me caí". Lo primero que hace es reconocer lo que sucedió en su vida: "Me he caído". No niega la realidad del pecado, no minimiza el dolor ni la culpa. Reconoce la caída, pero también reconoce algo mucho más grande. Dice: "Hay un Dios que ama levantar al caído". Él me va a levantar y está listo para trabajar en cualquiera que se acerque a Él. Cuando nos acercamos a Él, Él nos va a levantar.

El mundo nos dice: "Levántate porque eres fuerte". El evangelio te dice: "Levántate porque Dios es fiel". No porque seas fuerte, sino por lo que el Señor hace a través de ti.

El mundo dice: "Confía en ti mismo". La Biblia dice: "Confía en el Señor".

El mundo define a las personas por su peor error, pero Dios define a sus hijos por la obra perfecta de su Hijo Jesucristo en ti. ¿Qué puede hacer el Señor en mi vida? Si entendemos esa parte, entonces podemos caminar en lo que Dios tiene para nosotros hoy.

Evaluando, pregúntate esto: "¿Qué he hecho con mi vida? ¿Qué error he cometido?" O tal vez te has preguntado: "¿Por qué no medí las consecuencias? ¿Por qué no pensé antes de actuar?"

Es una frase que mi mamá siempre me decía: "Mijo, piensa antes de hablar. Piensa antes de hablar". Y mi esposa me sigue diciendo lo mismo. Me dice: "Piensa antes de hablar". No sale.

A veces no medimos las consecuencias y el enemigo, mientras tanto, nos está susurrando: "Eres un fracasado. Ya hay otros mejores que tú. Tú no vales nada". Nos empezamos a creer esas mentiras.

Antes de aplicar lo que Miqueas nos quiere decir, quiero que entiendas que Miqueas no está hablando de un individuo aislado. Está hablando de Sion, del pueblo del pacto, y habla del pueblo como si fuera una mujer. Dice en una versión: "Mi enemiga". No es, en primer lugar, el diablo, sino las naciones que se burlaban y celebraban su ruina.

¿Significa eso que el texto es para mí? Sí. Está hablando para ti y para mí porque nosotros somos el pueblo escogido, somos el mismo pueblo del pacto. Las promesas que sostuvieron a Israel en la noche más oscura hoy también nos quieren sostener a nosotros.

Una derrota puede marcar un capítulo de tu vida, pero nunca tiene autoridad para escribir el final de tu historia. ¿Por qué? Porque ese derecho le pertenece solamente al Señor. Qué lindo es saber eso: que Dios escribe nuestra historia.

Ahora, ¿qué hacemos entonces? Nos hemos caído, ¿qué hacemos ahora? Te quiero dar cuatro cosas que Miqueas nos enseña en estos dos versículos.

Reconoce tu caída sin perder tu identidad

Aprende a reconocer que cometimos un error, que nos caímos, pero no pierdas tu identidad.

Mira lo que dice el versículo 8:

"Enemigos míos, no se regodeen, no se alegren de mi mal, pues aunque caiga..."

¿Qué dice?

"Me voy a levantar otra vez".

Miqueas reconoce algo, pero también reconoce otra cosa: su identidad no fue marcada porque cayó.

Miqueas no niega la realidad diciendo: "No pasó nada". Tampoco dice: "Fue culpa de los demás". No le está echando la culpa al vecino, ni al pastor porque no hizo su trabajo, ni al maestro de grupo de vida, ni a Irma porque cantó mal, no sé. No le empieza a echar la culpa a todo mundo. ¿Qué está diciendo? "No, yo caí. Yo cometí un error".

Israel no fue derrotado simplemente porque el ejército enemigo fuera más poderoso. Fue derrotado porque había abandonado el pacto de Dios. Se despegaron del pacto que el Señor había hecho con ellos. Durante años hubo idolatría, corrupción e injusticia.

Miqueas lleva todo el libro, cuando lo lees desde el capítulo 1 hasta el capítulo 7, hablando de todo lo mal que estaban haciendo. Finalmente llega a este capítulo 7, donde habla de la disciplina, de las consecuencias de lo que hicieron mal. Sin embargo, dice: "Caí, pero me voy a levantar".

Aquí hay que ser claros: cuando pecamos, cuando le fallamos al Señor, va a haber consecuencias. Esto lo hablábamos unas semanas atrás. Esas consecuencias duelen porque son verdad, nos marcan, nos dejan marcados. El Señor no nos va a dejar igual.

Pero la relación entre Dios y su pueblo no descansa en la perfección del pueblo. El Señor no quiere que seas perfecto. Quiere que busquemos la santidad, pero no espera que seas perfecto, sino que sigas confiando en la fidelidad de Dios y en su pacto.

Por eso, la disciplina de Dios nunca tiene como propósito destruir a sus hijos, sino restaurarlos. ¿Se acuerdan de que hace unas semanas hablábamos de que el pecado y el enemigo quieren venir a humillarte y decirte: "Pecaste, eres un fracaso"? Y el Señor viene y te dice: "Pecaste, pero aun así te perdono". Esa es la diferencia. Yo no quiero vivir bajo esa identidad.

Mira lo que dice Hebreos:

"Pues el Señor disciplina a los que ama y castiga a todos los que recibe como hijos".

El Señor nos va a disciplinar porque me ama y porque quiere marcar algo en mí. La disciplina no es la evidencia de que Dios dejó de amarnos; es evidencia de que le perteneces y, como eres su hijo, te va a disciplinar. Nos tiene que disciplinar.

Me encanta cómo Proverbios lo dice:

"Podrán los justos tropezar siete veces, pero volverán..."

¿A qué? A levantarse.

"En cambio, basta una sola calamidad para derribar..."

¿A quién? Al perverso.

Notemos algo. Este proverbio habla primero de las calamidades de la vida, de los golpes, de las pérdidas, de las adversidades. Pero la Escritura nos permite decirlo con más amplitud: el justo cae en pruebas, el justo va a caer en fracasos y sí, también el justo cae en pecado. En todas esas caídas, Dios no te deja en el suelo. El Señor te quiere levantar.

Entonces, ¿quién es el justo? No es una persona sin pecado. La Escritura lo declara muy, muy claro, porque en Romanos dice: "No hay justo ni aun uno, ni tan solo uno".

El justo es aquel que ha sido puesto en una relación correcta con Dios por la fe. Esa justicia se recibe por medio de Jesucristo. Somos hechos justos por Jesús.

"Siete veces cae el justo". El número siete no pretende establecer una cantidad exacta. Está hablando de plenitud, aunque el justo se caiga una y otra vez. Porque alguien me dice: "Es que, si nos caemos

siete veces, ya le llevo seis a mi hermanita. Ya viene la séptima y de aquí no se va a levantar". No, no se trata de eso. Te está diciendo que el Señor va a ser continuo, va a seguir mostrando su gracia.

Aquí conviene ser honestos, porque aunque estemos en Cristo, todavía cargamos con los efectos de la vieja naturaleza.

Mira cómo Pablo, de quien hablamos tanto y a quien citamos constantemente, de donde vienen muchas de nuestras bases cristológicas y bíblicas de lo que nosotros creemos, dice en Romanos 7:24:

"Soy un pobre desgraciado. ¿Quién me libertará de esta vida dominada por el pecado y la muerte? Gracias a Dios, la respuesta está en Jesucristo nuestro Señor".

Porque si estuviera en mí, estamos fritos. Pero dice: "¿Quién me va a libertar de esta vida?"

Es una lucha. No es evidencia de que tu fe sea falsa. Vamos a estar luchando todo el tiempo. El cristiano maduro no es el que dejó de sentir esa tensión, sino el que, en medio de ella, sigue clamando a Dios como clamó Pablo y encuentra la misma respuesta: "Gracias a Dios, porque es por medio de Jesucristo que puedo vencer".

Ahora, puedes pensar: "He cometido tantas cosas tan malas".

Tenía una conversación con un joven la semana pasada y me decía:

-Yo no tengo perdón. Es que usted no sabe, pastor, lo que yo hice.

Y yo:

-¿Cómo que no sé? Si ya escuché tu testimonio.

Me dice:

-No, es que hay más cosas. Yo he hecho tantas cosas tan malas que no creo que Dios me perdone. Yo ni siquiera creo que alguien me pueda llegar a amar.

Y el enemigo te viene a decir esto: "Ya cometí muchos errores. Arruiné mi matrimonio. Perdí mi negocio. Le fallé al Señor".

Pero Dios no le dijo a Miqueas que negara su caída; le enseñó a mirar más allá de la caída. Satanás quiere que vivas mirando el suelo, que andemos todo el tiempo agachados. Dios quiere que levantes los ojos hacia Aquel que te puede levantar.

Así que hoy tienes una oportunidad de tomar una decisión. ¿Qué tengo que hacer? Mirar al Señor.

No hay nada que puedas hacer que te saque del alcance de la gracia de Dios. No hay nada, no hay nada que nos separe del amor de Dios. Significa que la gracia de Dios siempre llega más lejos que tu caída. No importa qué tan profundo hayas caído, el Señor te va a levantar.

Mira a Pedro. Pedro caminó con Él, lo negó tres veces y tres veces el Señor lo reafirmó. Pedro creyó

que su caída era el final; Jesús creyó que era el comienzo de su restauración.

Por eso, la marca del pueblo de Dios no es que nunca cae. La marca del pueblo de Dios es que, por la gracia de Dios, se vuelve a levantar.

Estás caído, te sientes derrotado, y el Señor viene y te dice: "Hey, esa caída no te define. Te define la gracia que yo tengo hacia ti y el favor que tengo".

Confía en la presencia de Dios en la noche

Ahora me toca no solamente confesar y no perder mi identidad, sino también confiar en la presencia de Dios en la noche.

Mira lo que dice Miqueas 7:8:

"Aunque esté en la oscuridad, aunque pase por esa oscuridad..."

¿Qué dice?

"El Señor será mi luz".

¿Cuál es tu noche? Posiblemente el diagnóstico es tu noche. El momento en que la cuenta del banco empezó a bajar y no sube nada. El momento en el que el contrato se cayó, el trabajo se cayó. El momento en el que tu matrimonio empieza a tambalear y se está agotando. El momento en el que decidiste vivir por tus propias fuerzas, te separaste del Señor y llegaste a la oscuridad.

¿Cuál es tu noche hoy? ¿La estás viviendo en este momento? ¿Dónde estás tú?

Primero: "Caí". Pero después dice: "Estoy en oscuridad, pero Él va a ser mi luz".

El Señor es mi luz. La esperanza del creyente nunca ha estado simplemente en un cambio de circunstancias, sino en la presencia de Dios.

Muchas veces buscamos más los beneficios de Dios que a Dios mismo. Queremos que nos dé todo, pero no quiero sacrificarme buscándolo. Queremos que quite el problema, sane la enfermedad, restaure el matrimonio o abra una puerta. Pero Miqueas declara algo más profundo: aunque nada cambie inmediatamente, el Señor está conmigo. ¿Por qué? Porque mantengo mi esperanza en Él.

La mayor bendición del creyente no es la prosperidad, sino la presencia de Dios. Sí es bueno tener cosas materiales, yo no estoy diciendo que no, pero qué cosa más rica es saber que Dios está conmigo. Porque me puede faltar todo, pero si el Señor está conmigo, tengo paz.

Dice: "No, pues si no, es una persona descuidada y desordenada". No, es porque el Señor me da paz. ¿Por qué? Porque el Señor me va a proveer.

Esta mañana hablaba con un hombre y me decía:

-El Señor me sacó de tantas cosas, me quitó lo que tenía y me mandó a un lugar donde yo no quería estar. Por meses estuve sentado en mi casa recibiendo alimento que yo no quería. Me daban tanto que yo tenía que darle a la gente.

El Señor te dice: "Confía en mí, porque aunque no tengas, yo te voy a proveer. Aunque te sientas derribado, yo ya te di la victoria".

Mira lo que dice Juan 8:12:

"Jesús habló una vez más al pueblo y dijo: 'Yo soy la luz del mundo. Si ustedes me siguen, no tendrán que andar en la oscuridad, porque tendrán la luz que lleva a la vida'".

El Señor es tu luz.

Miqueas esperaba la luz. Nosotros conocemos la luz. Jesucristo vino no solo a iluminar nuestras circunstancias, sino a transformar nuestro corazón.

Miqueas lo dice: "El Señor es mi luz. Aunque esté en la oscuridad, Él es mi luz".

No es la luz del vecino. No es la luz de tu cónyuge, que es el que va a la iglesia y es el que ora. No. Es mi luz. Es el Señor.

Aprópiate de esa palabra y que sea lo que estés viviendo: el Señor es tu luz.

Quizá alguien todavía puede decir: "Estoy en oscuridad. Todavía no encuentro trabajo. El matrimonio sigue roto. Todavía estoy llorando la pérdida".

La esperanza cristiana no consiste en la ausencia de noches oscuras, sino en que Dios nunca, nunca abandona a sus hijos en medio de la noche. Es saber eso.

Hace años participé en un campamento de hombres. Fue bien interesante porque nos llevaban a que nos guiaran solamente con la voz. No sé si alguien ha hecho eso: que te venden los ojos y andas caminando en el monte, con árboles y todo, y alguien te está guiando.

Te van guiando, te van gritando: "¡Da vuelta!", pero ya diste un paso y, ¡pa!, contra el árbol. Yo acabé todo raspado.

Pero después nos decían: "Mira lo que pasa cuando tú no solamente escuchas la voz del Creador, sino que tomas su mano".

Entonces tomábamos la mano de la persona. Fue una analogía que usaron que a mí me cambió la vida, porque es cierto. Muchas veces digo: "Bueno, quiero escuchar la voz", pero ¿qué tal si yo tomo la mano del Señor y camino con Él? Ya no me pegué en ningún lado.

¿Y saben a dónde teníamos que llegar? A cenar. Así que yo estaba desesperado por llegar a cenar porque no sabía dónde comer ese día. Yo estaba desesperado y quería ir para allá, y escuchaba al otro que estaba gritando.

Sucede muchas veces: no necesito ver todo el camino, solo necesito tener la mano correcta, estar tomado de la mano correcta.

Caído, pero no acabado.

Recibe la disciplina como un abrazo del Padre

¿Qué más puedo hacer? También puedo recibir la disciplina como un abrazo del Padre.

Dice Miqueas 7:9:

"Seré paciente cuando el Señor me castigue, porque he pecado contra Él".

Voy a ser paciente.

Después de afirmar: "Caí, el Señor es mi luz", Miqueas dice una confesión que nadie quiere hacer: "He pecado contra el Señor".

No culpa a Babilonia, a Asiria, al gobierno, a la sociedad, a Facebook, a nada. No le echa la culpa a nadie. Dice: "Yo cometí el error". Asume la responsabilidad. Hay una responsabilidad por las acciones que yo tomé.

Aquí necesitamos hablar con precisión, porque de esto depende cómo vas a salir hoy. El evangelio no es condenación.

Israel, bajo el antiguo pacto, soportó la ira disciplinaria de Dios en la historia. ¿Dónde lo vemos? En el exilio, la ruina y la humillación.

Pero para el creyente en Cristo hay una noticia gloriosa: la ira judicial, la ley que decía: "Órale, fallaste, te voy a castigar", la ira judicial de Dios contra tu pecado se agotó por completo en el Calvario. ¿Por qué? Porque Cristo bebió la última gota de lo que tú y yo teníamos que pagar.

Pablo luchaba contra su vieja naturaleza: "¿Quién me va a librar?" Esa es la misma pregunta que muchos de nosotros nos hacemos hoy. Pero la respuesta que Pablo encontró es la misma que tú y yo podemos encontrar.

Mira lo que dice Romanos 8:1:

"Por lo tanto, ya no hay condenación para los que pertenecen a Cristo Jesús".

Ya no hay condenación. Las consecuencias quedan, pero la condenación ya no está. Esa es la diferencia entre el antiguo pacto y la gracia que hoy vivimos.

Estás bajo la gracia, pero también estamos bajo la corrección del Padre. ¿Por qué? Porque Dios, al que ama, ¿qué? Pau, pau, ¿no?

El creyente no soporta la ira, se somete a la disciplina. Hay una diferencia que cambia todo.

Mira lo que dice Hebreos 12:10:

"Pues nuestros padres terrenales nos disciplinaron durante algunos años e hicieron lo mejor que pudieron, pero la disciplina de Dios siempre es buena para nosotros".

¿A fin de qué?

"A fin de que participemos de su santidad. Ninguna disciplina resulta agradable a la hora de recibirla. Al contrario..."

¿Qué es? Es dolorosa.

"Pero después produce la apacible cosecha de una vida recta para los que han sido entrenados por ella".

La disciplina del Señor siempre es buena. No es señal de rechazo, sino una señal de amor.

Quizás está usando una circunstancia difícil para llamar tu atención. No toda prueba es disciplina, entiéndeme esto. No toda prueba es disciplina, pero toda disciplina es una oportunidad para volverte al Padre.

"Señor, estoy distraído. No te he buscado correctamente".

La disciplina de Dios nunca busca humillarte para destruirte; busca quebrantarte para restaurarte. Eso es lo que el Señor quiere hacer.

Cuando alguien se rompe un ligamento, a mí me tocaba mucho con los jóvenes. Por alguna razón, todos los jóvenes aquí se echan a perder el ACL. ¿Por qué? No sé. Yo les digo que salieron defectuosos.

Pero todos los muchachos siempre andaban operados de la rodilla, con la rodillera y todo. Después de la cirugía viene la terapia física, y la terapia les duele. Había momentos en los que decían: "Ya no quiero ir a la terapia porque me duele muchísimo".

Pero muchas veces, si no hacen la terapia, las consecuencias quedan. Necesitamos hacer los estiramientos, aunque nos duela, aunque nos moleste.

Así también funciona la disciplina de Dios. No la envía para destruirte; la envía para que no te quedes cojo el resto de tu vida. Él no va a aprovechar tu caída para dejarte igual. Él va formando el carácter y nos hace mejores todavía.

No desperdicies el desierto por donde estás pasando. No desperdicies el desierto por donde a veces el Señor nos está pasando.

Caído, pero no acabado.

Espera la restauración que solo el Señor puede dar

Por último, espera la restauración que solo el Señor puede dar.

Me encanta cómo Miqueas termina. Mira lo que dice el inciso B del versículo 9:

"Pero después él tomará mi caso".

¿Y qué dice?

"Y me hará justicia por todo lo que he sufrido a manos de mis enemigos. El Señor me llevará a la luz".

¿Y qué?

"Y veré su justicia".

Hay algo en ese texto que puede cambiar tu semana si lo abrazas. ¿Por qué? Porque Miqueas no dice: "Voy a exigirle explicaciones a Dios. Explícame el porqué". No. Dice: "Seré paciente. En medio de esto voy a guardar silencio, voy a ser paciente".

Luego añade una palabra y dice: "Después". "Pero después él tomará mi caso y hará justicia".

Miqueas no se queda esperando con los brazos cruzados. Unos versículos atrás, mira lo que dice en el versículo 7:

"En cuanto a mí, busco la ayuda del Señor".

En medio de lo que estaba atravesando, él dice: "Yo busco la ayuda del Señor. Espero confiadamente que Dios me salve y, con seguridad, mi Dios..."

¿Qué? Me va a oír.

No importa si estás caído, no importa si has fallado. El Señor dice que Él te va a escuchar.

Ahí está el patrón que tenemos que tener para una vida restaurada. ¿Qué hizo? Buscó al Señor, esperó confiadamente que el Señor actuara y confió en que el Señor lo iba a escuchar.

Eso es lo que quiero que te lleves hoy, algo simple: busca al Señor. No escondas las veces que hemos caído y las veces que nos hemos equivocado. Espera confiadamente que Dios actúe y confía en que Él te va a escuchar. Cuando Él te escucha, Él te va a levantar.

Este versículo alcanza su mayor expresión en la cruz. Miqueas pudo decir: "Soportaré su ira", pero Jesucristo soportó plenamente el juicio divino que nuestros pecados merecían.

Por eso, cuando un creyente es disciplinado hoy, no está pagando su pecado. No es: "Estás pagando el pecado que hiciste". Cada vez que alguien pasa: "Pecador. El Señor ha de saber qué está haciendo". No. El pecado ya fue pagado. Cristo pagó completamente esa deuda.

Ahora el Padre lo corrige para conformarlo a la imagen de su Hijo. El Señor nos corrige, ¿para qué? Pero

nunca nos va a condenar más. Él ya no te quiere condenar. La condenación terminó en el Calvario. La disciplina continúa porque somos y seguimos siendo hijos. Por eso.

El mismo poder que levantó a Cristo de la tumba es el poder que garantiza tu restauración.

Miqueas esperó buscando la ayuda del Señor y confiando en que Él lo escuchaba. La pregunta es: ¿voy a confiar en el Señor y voy a esperar a que Él me escuche?

Si estás en una temporada de corrección, no te desesperes. Hay un después, porque acuérdate de que dijo: "Después va a venir".

Si estás esperando restauración, no la busques primero en tus fuerzas, en tus contratos ni en tus estrategias. El Señor, ¿qué dice? "Me llevará a la luz". Él me va a llevar a la luz.

Espera en el Señor haciendo lo que hizo Miqueas: siendo paciente, confiando y permaneciendo.

Caído, pero ¿qué? No acabado.

Ahora sí, volvemos un poquito al comienzo, cuando hablaba del boxeador. Esa imagen se repite tal vez cada semana en algún cuadrilátero del mundo. Alguien cae, la multitud contiene la respiración y todo depende de si se levanta antes de la cuenta de diez.

Pasan los años y esa pelea será una entre miles de peleas en las que posiblemente nos vamos a caer. Toda victoria humana es temporal, pero hay una victoria que nunca perderá su gloria.

Hace más de dos mil años, otro hombre entró a una batalla. No fue a un cuadrilátero, sino a una cruz. Cristo mismo estuvo ahí. No había un réferi contando, pero cuando Cristo cayó bajo el peso de nuestra cruz, hubo un Padre preparando el domingo.

"Hey, posiblemente hoy Él va a estar sufriendo, pero mañana yo me voy a glorificar a través de Él".

Tres días después, la tumba quedó vacía. Cristo resucitó y, con esa resurrección, declaró para siempre que la muerte no tiene la última palabra, el pecado no tiene la última palabra, Satanás no tiene la última palabra y nuestras caídas tampoco tienen la última palabra.

Porque la última palabra siempre le pertenece, ¿a quién? A Dios. Dios es el único que puede continuar escribiendo tu historia.

Por eso Miqueas pudo decir:

"Aunque haya caído, me levantaré otra vez. Aunque esté en oscuridad, el Señor va a ser mi luz".

No porque Miqueas fuera fuerte ni porque Israel lo mereciera, sino porque Dios es fiel a su pacto.

Tal vez hoy puedes decir: "Mi historia ya terminó. Ya no hay nada que hacer. Ya fallé demasiado".

Pero el evangelio responde con una verdad gloriosa: tu pecado puede ser más grande de lo que imaginabas, pero la gracia de Cristo es infinitamente mayor que aquello en lo que hayas fallado.

No permitas que una derrota escriba tu identidad. La cruz ya habló sobre quién eres. Si estás en Cristo, no eres definido por tu peor pecado, tu peor fracaso ni por la opinión de la gente. Eres definido por Aquel que murió por ti y resucitó para darte una vida nueva.

Tú decides qué declaras hoy en tu mente. Vivas lo que estés viviendo hoy, tú decides si dices: "Mi vida se acabó", o si dices como Miqueas: "Aunque he caído, me voy a levantar. Aunque vivo en tinieblas, el Señor es mi luz".

Escucha esto: los campeones del reino de Dios no son los que nunca caen. Son aquellos que, sostenidos por la gracia de Dios, siempre vuelven a levantarse.

Caídos, pero ¿qué? No acabados. El Señor continúa escribiendo mi historia.

Si de este sermón te llevas una sola instrucción, no es: "Levántate". Sí, hazlo, pero eso no es lo que quiero enseñarte hoy. Es que mires a Cristo. Mira a Cristo.

Porque cuando tus ojos están puestos en Él, puedes esperar con confianza, aunque todavía no puedas ver lo que está haciendo.

Ahorita cantábamos: "Aunque no pueda ver, estás obrando". Él siempre está obrando.

Posiblemente tú ya eres creyente y tal vez nadie lo sabe, pero tú lo sabes y Dios también. Hoy no corras de Dios; corre hacia Dios. El Padre no rechaza al hijo arrepentido. Lo recibe, lo restaura y lo transforma.

¿Recuerdas al hijo pródigo? Él corrió hacia él para abrazarlo, para ponerle un anillo, para matar un becerro y hacer fiesta. El Señor te quiere recibir de la misma manera.

Pero también posiblemente hay personas que no han creído en Cristo. La mayor derrota del ser humano no es perder un negocio, una pelea o una oportunidad. La mayor derrota es seguir hacia la eternidad sin Cristo.

Jesús dijo:

"Vengan a mí los que están cansados y los que llevan cargas pesadas, y yo les daré descanso".

Hoy puedes salir de las tinieblas a la luz. Hoy puedes recibir perdón. Hoy puedes comenzar una nueva historia. El Dios de Miqueas sigue siendo el mismo Dios.

Me encanta cómo termina Miqueas 7:18-19:

"¿Dónde hay otro Dios como tú? ¿Dónde hay otro Dios como tú, que perdona la culpa del remanente y pasa por alto los pecados de su preciado pueblo?"

¿Dónde hay otro Dios como Él?

"No seguirás enojado con tu pueblo para siempre".

El enemigo viene y te dice: "Dios está enojado contigo". No. Dice que Él no va a estar enojado contigo.

"Porque tú te deleitas en mostrar tu amor inagotable. Volverás a tener compasión de nosotros. Aplastarás nuestros pecados bajo tus pies y los arrojarás a las profundidades del océano".

Esa es la razón por la que Miqueas pudo decir: "Aunque haya caído, me voy a levantar", porque Dios muestra su amor por mí.

Es también la razón por la que nosotros podemos salir hoy con esperanza. No porque somos fuertes, sino porque servimos a un Dios que se deleita en la misericordia.

Cierra tus ojos un momento y haz memoria. Recuerda cómo llegó Dios a tu vida. Posiblemente en medio de la oscuridad. Posiblemente sentiste su abrazo cuando nadie lo hacía. Posiblemente Él te levantó cuando no podías caminar y te amó cuando tú no podías amarte ni a ti mismo.

Su amor te sostiene. Su amor te da paz. Su amor te da la seguridad de que, aunque pase el tiempo, Él va a cumplir lo que prometió.

Nada en ti, nada en esta caída, se va a perder, porque Él tiene el control de lo que viene y nunca lo pierde. Él te quiere abrazar con sus cuerdas de amor.